

NACIÓN (2)

¿PUEDE el discurso político nacionalista generar una identidad cultural en comunidades donde ésta no existe? ¿Puede, además, justificar la necesidad de un aparato «estatal-burocrático» —con gobernantes que lo controlen— fundamentando, así, la necesaria aparición de una clase política dirigente?

Veamos cuál fue la opinión que al respecto manifestó —muy inocentemente, por cierto— uno de los padres de la patria Andaluza. Me refiero a Alejandro Guichot, quien fuera uno



DIEGO MEDINA

de los precursores —junto a Blas Infante y José María Izquierdo— de lo que, por algunos, se denomina la «antropología andaluza». En un artículo —publicado por primera vez en la Revista Bética, en Noviembre de

1913, en los números 1 y 2— titulado *Acerca del ideal Andaluz*, el citado autor, cuestiona si ¿ha existido alguna vez ideal andaluz? Tras breves consideraciones —de escasa solidez— concluye que pudo haberlo en la época árabe, aunque admite, acto seguido, que dicho ideal no fue sentido, ni sostenido, por la mayoría de pobladores del territorio invadido. Es decir, que no lo hubo. Finalmente, remata diciendo que «en el pueblo andaluz moderno, desde comienzo del XVI hasta el presente, unidad total nacional, con las alteraciones, extensiones y desmembraciones que registra la historia, no hubo ideal andaluz». Una vez llegado a este punto, sostiene, sin embargo, —este pétreo patrio— que sería posible su formación —pretensión, de por sí, sospechosa, pues ¿para qué crear una identidad de hecho inexistente?, ¿a quien podía beneficiar?—. Guichot apostó por elaborar el citado ideal prácticamente de la nada, desde lo que él denominó «gérmenes de ideales andaluces». ¿Para qué?

La construcción de este ideal andaluz hacía necesaria —según el propio Guichot— «la existencia de una «élite dirigente», de una aristocracia que encarne el ideal y active la reforma», una «aristocracia» no de sangre —«que ya tuvo su tiempo»—, ni de riqueza, ni siquiera —puntualiza el autor— de inteligencia, ni de virtud, «porque puede poseer uno todas las aptitudes para gobernante y ser un bribón». Se trata de una «aristocracia del prestigio», requisito, este último, —sin duda— más brumoso con el que nuestro autor, se nos antoja, quiso justificar su propia inclusión en la citada élite (quizá de haberse decidido por alguno de los otros requisitos enunciados hubiese resultado excluido) para así participar del grupo de «desinteresados» nacionalista que habrían de gobernar Andalucía.

Concluyan pues ustedes. Yo, por mi parte, me tengo por cordobés, andaluz y español, y no tengo necesidad de que me lo recuerden, de lo que verdaderamente tengo necesidad —y creo que también todos mis convecinos— es de que llegue a Córdoba la modernidad; es decir, por ejemplo, un aeropuerto.